

## **BUENOS TIEMPOS PARA LA SOLIDARIDAD, O MALOS, SEGÚN SE MIRE**

Teresa Burgui  
Fundación Mundubat

Decir que esta crisis es una buena oportunidad para la solidaridad, al mismo tiempo que se anuncian recortes de fondos para los países más pobres parece una contradicción, pero no lo es.

Esta crisis que se ha instalado en nuestras vidas sin permiso, pero sólo para que paguemos las consecuencias, es una crisis en principio financiera y económica, que, sin embargo, puede devenir en crisis ética, de solidaridad, si la abordamos desde el “sálvese quien pueda” o “tonto el último”. Pero también podemos admitir, como nos sugiere el filósofo Vicent Martínez, Director de la Cátedra UNESCO de Filosofía para Paz, de la Universitat Jaume I, que los momentos de fragilidad son los que nos confirman que somos interdependientes, que no podemos vivir sin el otro, necesitamos de la solidaridad como el aire que respiramos. Frente al “nosotros” el “yo” tiene poco que hacer. En resumen, este, por paradójico que pueda parecer, es un buen momento para la solidaridad o al menos podemos decir que la solidaridad se hace ahora más necesaria que nunca.

Y, sin embargo, con el pretexto de la crisis, a pesar de las necesidades y de las promesas, se están dando ya sensibles y contagiosos recortes de la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD). Primero incumplimos la promesa del desarrollo. Después rebajamos el desarrollo a la lucha contra la pobreza, marcándonos los famosos Objetivos del Milenio que, desde hace tiempo, sabemos no se alcanzarán. Ahora es la propia cooperación internacional para el desarrollo, sus actores, sus estructuras y sus instrumentos, la que comienza a sentir las amenazas. No importan las necesidades ni los compromisos: el nuevo axioma parece ser primer yo, después, si sobra, ya veremos. ¿Abandonamos la lucha por la justicia para retomar de nuevo la mirada caritativa desde arriba?

Este nuevo escenario nos lanza un nuevo desafío a las personas e instituciones implicadas en este campo: hasta hace dos días la solidaridad tenía buena prensa, ahora lo más urgente parece ser defender socialmente la cooperación solidaria. Tarea nada fácil, sobre todo porque movilizar a la sociedad pasa hoy por la comunicación, y la comunicación es uno de los grandes temas pendientes cuando hablamos de cooperación y desarrollo. La pregunta es ¿estamos las ONGD y las instituciones públicas de cooperación preparadas para afrontar semejante reto, para influir decisivamente en la esfera pública a favor de la solidaridad en tiempos de precariedad?

Defender la cooperación solidaria hoy exige una comunicación que vaya mucho más allá de la propaganda gubernamental, de la promoción institucional y a los números de cuenta a la que hemos acostumbrado al público, unos y otros. Requiere una comunicación que sea capaz de explicar realidades complejas, donde las personas estén por encima de las instituciones. Que se atreva a defender verdades insoportables: a pedir austeridad radical en nuestros "países opulentos" y justa solidaridad con los "países empobrecidos" (por nosotros, dicho sea de paso); a denunciar que de lo contrario sólo nos espera un mañana desesperanzador y cargado de violencias, que será el que hereden nuestros hijos y nuestras hijas. Necesita una comunicación educadora, si, porque aunque

algunos se nieguen a reconocerlo, la comunicación educa ¿o no es capaz de activar unos valores o sus opuestos?. Es hora de hablar de una concertación real y definitiva de todos los agentes - administraciones públicas, ONGD y movimientos sociales, medios de comunicación, sectores educativos- que hay que ponerse a construir ya, con urgencia. Este momento, reclama, en definitiva, unas instituciones que sean comunicativamente competentes y valientes, y pongan lo radicalmente humano por encima de sus rutinas y de intereses particulares.

Estamos ante una elección que se presenta decisiva en términos de solidaridad. Al parecer tenemos que elegir entre tener futuro -hacer del futuro un objetivo relevante de la política y la movilización social, que dice Daniel Innerarity-, o agotarnos en el cortoplacismo, en la tiranía suicida de un presente ciego e injusto.

Tal vez apostar hoy más que nunca por la solidaridad y la cooperación internacional, cuando menos por mantener las promesas tantas veces rotas, no sea una buena inversión electoral inmediata. Pero ante una sociedad cada vez más desencantada acabará convirtiéndose en una excelente apuesta ética. Ya se sabe, en estos tiempos en los que casi todo se tambalea la credibilidad institucional tiende a evaporarse en un abrir y cerrar de ojos. No vaya a ser que un día nuestras instituciones vuelvan la espalda y se encuentren solas.